

LA NACION

Diario independiente, fundado en 1946

Editorial

2N-10-9-87

La visita de la guerrilla salvadoreña

Desde que un proceso reformista, político y económico, dio inicio en El Salvador en 1979, la extrema izquierda ha obstaculizado el consenso nacional para plasmar una solución democrática del conflicto de ese país. El embate de las guerrillas marxistas, agrupadas en 1980 por Fidel Castro en el Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional (FMLN), estimuló una peligrosa polarización interna, la cual, a su vez, conllevó excesos de la extrema derecha. Sin embargo, conforme ésta se incorporó al marco político constitucional, desempeñando un rol opositor frente a los gobiernos centristas que han emergido en los últimos cinco años, sus manifestaciones de violencia se redujeron sustancialmente.

Otro, empero, y muy distinto, ha sido el caso de la izquierda. Valga señalar que el mejor desempeño de las Fuerzas Armadas, unido a programas de proyección cívica, hicieron mella en la base rural de los rebeldes salvadoreños, manifiesta en la sustancial merma de sus combatientes, hoy la mitad de lo que eran a principios de la presente década. De esta forma, inhibidos de una victoria militar y respaldados logística y políticamente por Managua, los rebeldes marxistas se volcaron al terrorismo urbano y, sobre todo, a tratar de impedir — infructuosamente — los admirables comicios que en los últimos cinco años le han permitido al pueblo salvadoreño expresar su voluntad política en las urnas electorales.

No han faltado en todo este tiempo instancias del gobierno salvadoreño a la guerrilla para un diálogo reconciliador, con la invariable respuesta de demandas irrazonables o tácticas propagandísticas. Así, por ejemplo, en 1982, Guillermo Manuel Ungo, el ex socialdemócrata que visitó al presidente Oscar Arias este lunes y encabezó el Frente Democrático Revolucionario (FDR), mascarón de proa "político" de los rebeldes comunistas, dijo que sólo negociaría "con el dueño del circo — Estados Unidos — y nunca con los acróbatas". ¡Cuán poco original Daniel Ortega!

De nuevo, en 1983, el entonces presidente Alvaro Magaña, intentó sin éxito abrir conversaciones, y José Napoleón Duarte, electo a la presidencia en marzo de

1984, en dos oportunidades negoció cara a cara con los representantes guerrilleros. La intransigencia de éstos a cualquier fórmula electoral, y su obcecado afán de tomar el poder sin ningún mandato popular, hicieron patente el irreconciliable dogmatismo de la guerrilla, negatorio del proceso democrático salvadoreño cuyo avance tanto ha costado en términos humanos y materiales.

Al tenor del plan de paz suscrito el 7 de agosto en Guatemala, el presidente Duarte reiteró el llamado a la guerrilla para dialogar y deponer la violencia en favor del libre juego pluralista. Otra vez, los rebeldes ofrecieron reunirse "sin condiciones", es decir, sentarse a buscar concesiones unilaterales en detrimento de la democracia salvadoreña.

En ese "impasse", y de cara a reglas en el documento de Guatemala que abonan la posición del mandatario salvadoreño, los extremistas encontraron en lo posible mediación del presidente Oscar Arias, una alternativa que podría permitirles proseguir su estrategia obstruccionista por vía indirecta.

El Dr. Arias, quien ha planteado una supuesta equivalencia entre las insurgencias nicaragüense y salvadoreña, aceptó el encargo de la guerrilla. Peor aún, mientras se negó a recibir a Adolfo Calero, un líder civil de la lucha por la democracia en Nicaragua, no mostró reparos a la visita el lunes de Shafik Handal, comandante de las Fuerzas Armadas de Liberación (FAL), notorio grupo terrorista, y sus colegas de armas.

Consideramos erróneo y peligroso asimilar a quienes ofrendan sus vidas por la libertad de Nicaragua con los que desean imponer un orden totalitario en El Salvador. Tampoco creemos que el Dr. Arias debió permitir la utilización de la Casa Presidencial como foro propagandístico de los cuatro visitantes que arribaron a San José a principios de semana. Si el gobierno de Costa Rica deseaba contribuir a la paz de El Salvador, bien pudo conminar a los jefes de la guerrilla a aceptar pacíficamente la decisión democrática de sus conciudadanos, y para ello no era necesario recibirlos en San José ni ofrecerles una plataforma publicitaria de tal calibre.